

# INVENCIÓN Y TERNURA

SANTOS SANZ VILLANUEVA

AUNQUE lleve un cuarto de siglo publicando libros de prosa narrativa -y mucho más tiempo dando a conocer poemas-, Antonio Pereira ha conseguido muy escaso reconocimiento. Sólo en estos últimos años parece recibir un poco de atención, que no llega, de ninguna manera, a notoriedad. La crítica, sin embargo, ha tenido pronunciamientos favorables muy justos, que son la confirmación de su calidad de escritor con una voz personal que conjuga un buen arte de narrar y una firme visión del mundo.

A pocas fechas de distancia del título suyo que le ha rescatado para un público atento -*Cuentos para lectores cómplices*- aparece un nuevo volumen, *Picassos en el desván*, que acredita el interés de Pereira. No es posible, en una reseña, hacer referencia a la treintena de asuntos que se juntan en dos centenares justos de páginas de generosa tipografía. Estos simples datos ya nos dicen que vamos a hallar una gran variedad de anécdotas tratadas con las medidas más cortas del cuento, aunque sus historias sean de desigual longitud. Y apuntan hacia lo que bien pronto se descubre: Pereira participa del gusto, muy común en estos días, por referir anécdotas. Son los suyos -en buena medida, y aunque no todos- relatos en los que suceden cosas cuya narración es en sí misma una meta. Forman parte, pues, de esa imperecedera pasión por contar historias.

Esas historias no son episodios completos, sino parte de una trama más amplia que a veces se suspende para dar paso al enigma o a la sorpresa. Algunas reúnen elementos de un breve argumento que se disponen en función de un final sorpresivo, revelador, impensado, ingenioso; un tipo de final que algunos teóricos tienen como lo mejor del género cuento. Otras lo dejan abierto, como a disposición del lector, al que sólo se le insinúa cierta posibilidad de resolución para que de este modo pueda intervenir. En fin, en ocasiones la ironía suple los datos y se' hace reveladora de la realidad.

Una cosa, sin embargo, es la invención como valor de primera línea y otra el alejamiento de la vida. La existencia cotidiana aparece a veces bajo ciertas formas de retrato colectivo, otras como descripción de problemas individuales, de agobios personales, de tontunas y manías de cada cual. Hay un acento crítico en esos relatos que es más el resultado de una mirada atenta del autor al mundo que de una

voluntad de denuncia. Y cuando ésta existe, se da como por añadidura y corregida, de inmediato, por un par de factores. Uno, un humor franco que podría terminar en sarcasmo pero que se contiene en los límites del desenfado intencionado. Otro, una actitud del autor cargada de humanidad que hace que la ternura entre a raudales.



Es curioso que uno de los cuentos tenga algo de homenaje a Cela, pues es escritor muy despegado y distante de sus personajes, mientras que Pereira forma parte de quienes, sin ignorar la condición humana, se sienten próximos de sus criaturas de papel.

Hay variedad de formas en estos cuentos y, también, un gusto experimental. Este se halla en ciertos textos de mínima extensión -apenas media página-, que alternan con los otros más extensos. No se trata nada más que de un ejercicio de extremada condensación, sino de un deseo de conseguir una forma nueva y diferente basada no sólo en ese rasgo externo de su pequeñísima longitud.

Alguno se acerca, más que al relato, al aforismo argumentado o a la estampa de costumbres crítica; alguno, también, a la prosa lírica. No son, a mi parecer, lo más meritorio del libro, pero revelan una laudable actitud renovadora.